



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de Reflexión

2024

Rigoberto Hernández Delgado

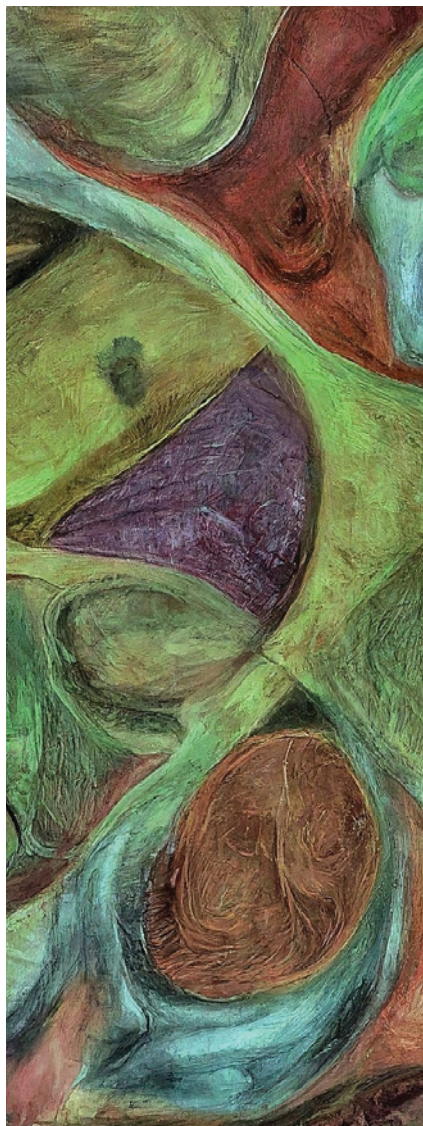
El problema del trabajo en el pensamiento de Freud

Revista Affectio Societatis, Vol. 21, N.º 40, enero-junio de 2024

Art. # 09 (pp. 1-24)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

ARTÍCULO DE REFLEXIÓN



EL PROBLEMA DEL TRABAJO EN EL PENSAMIENTO DE FREUD

Rigoberto Hernández Delgado
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
rigoberto.hernandez@umich.mx
DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v21n40a09>

Resumen

El tema se explora a partir de una serie de señalamientos y de nociones esparcidas en numerosos textos freudianos, tanto en aquellos que abordan cuestiones de orden clínico y metapsicológicas, pero, sobre todo, en textos sobre reflexiones de orden social y cultural. En un primer momento, se analizan las concepciones metapsicológicas de Freud acerca del principio de realidad y su influencia en la constitución de un polo psíquico que orienta al sujeto hacia la realidad y lo prepara para la actividad productiva; después, analizamos la relación entre

trabajo y cultura, así como las relaciones entre el trabajo y el surgimiento de la neurosis y el malestar; posteriormente, se reflexiona acerca de las posibilidades que la sublimación ofrece para propiciar una satisfacción pulsional en la actividad productiva; finalmente, se concluye planteando algunas ideas acerca de la relación entre la cultura contemporánea y el trabajo como productores de un tipo específico de malestar subjetivo.

Palabras clave: trabajo, malestar, cultura, principio de realidad, sublimación.

THE PROBLEM OF WORK IN FREUD'S THINKING

Abstract

The topic is explored from a series of points and notions spread in numerous Freudian texts, both in those that address clinical and metapsychological issues, but, above all, in texts on social and cultural reflections. At

first, Freud's metapsychological conceptions about the reality principle and its influence on the constitution of a psychic pole that orients the subject towards reality and prepares him for productive activity are analyzed;

next, we analyze the relationship between work and culture, as well as the relationships between work and the emergence of neurosis and malaise; subsequently, we reflect on the possibilities that sublimation offers to promote drive satisfaction in productive activity; finally, it concludes by

raising some ideas about the relationship between contemporary culture and work as producers of a specific type of subjective malaise.

Keywords: work, malaise, culture, reality principle, sublimation.

LE PROBLÈME DU TRAVAIL DANS LA PENSÉE DE FREUD

Résumé

Le sujet est exploré à partir d'une série de réflexions et de notions disséminées dans de nombreux textes freudiens, à la fois dans ceux qui traitent de questions cliniques et métapsychologiques, mais surtout dans les textes qui traitent de réflexions sociales et culturelles. Nous analysons d'abord les conceptions métapsychologiques de Freud sur le principe de réalité et leur influence sur la constitution d'un pôle psychique qui oriente le sujet vers la réalité et le prépare à l'activité productive. Nous analysons ensuite le rapport entre le travail et la

culture, ainsi que le rapport entre le travail et l'émergence de la névrose et du malaise. Nous réfléchissons ultérieurement aux possibilités qu'offre la sublimation pour favoriser une satisfaction pulsionnelle dans l'activité productive. Finalement, nous proposons quelques idées sur la relation entre la culture contemporaine et le travail en tant que producteurs d'un type spécifique de malaise subjectif.

Mots-clés : travail, malaise, culture, principe de réalité, sublimation.

O PROBLEMA DO TRABALHO NO PENSAMENTO DE FREUD

Resumo

O tema é explorado a partir de uma série de apontamentos e de noções dispersos em inúmeros textos freu-

dianos, tanto naqueles que abordam questões clínicas e metapsicológicas, mas, sobretudo, nos textos sobre re-

flexões de ordem social e cultural. Num primeiro momento, analisam-se as concepções metapsicológicas de Freud acerca do princípio de realidade e sua influência na constituição de um polo psíquico que orienta o sujeito para a realidade e o prepara para a atividade produtiva; depois, analisamos a relação entre trabalho e cultura, assim como as relações entre o trabalho e o surgimento da neurose e do mal-estar; posteriormente, reflete-se sobre as possibilidades que

a sublimação oferece para propiciar uma satisfação pulsional na atividade produtiva; finalmente, conclui-se apresentando algumas ideias acerca da relação entre a cultura contemporânea e o trabalho como produtores de um tipo específico de mal-estar subjetivo.

Palavras-chave: trabalho, mal-estar, cultura, princípio de realidade, sublimação.

Recibido: 05/29/2023 • Aprobado: 04/01/2024

Introducción

El problema del trabajo no constituye un tema central en la obra de Freud, en los textos freudianos sobre lo social encontramos comentarios dispersos que no se sintetizan en una teoría psicoanalítica sobre el trabajo; pero, ciertamente, como veremos, Freud (2004/1930[1929]) atribuye a la actividad productiva humana, al lado del amor, un lugar central en la constitución de la cultura. En el terreno de la clínica –fuente principal de experiencia para la producción teórica psicoanalítica– tampoco encontramos que Freud dirija su interés directa y sostenidamente sobre el factor del trabajo como elemento etiológico de las neurosis; el factor sexual será, para Freud, el causante principal de la patología psíquica sin que por ello llegue a desdeñar el preguntarse por el papel del trabajo en la causación de las neurosis o por las consecuencias que los síntomas y el malestar neuróticos tienen sobre la vida laboral. Esta falta de teorización sobre el trabajo en el pensamiento de Freud puede deberse en buena medida a la inflación estratégica del factor etiológico sexual que refleja su teoría –sobre todo en la última década del siglo XIX– frente a las concepciones médicas clásicas acerca de la neurastenia como una neurosis de origen cultural y, específicamente, a la idea de que las neurosis tendrían su origen en los cambios culturales sobrevenidos con el progreso de las fuerzas productivas relativas al avance del capitalismo en su fase liberal.

Nosotros queremos retomar las pistas diseminadas, así como las reflexiones articuladas que Freud nos deja acerca de este problema y tratar de iniciar una síntesis acerca de una teoría freudiana sobre el trabajo. Dicha teoría no podría estar desligada del planteamiento sobre el malestar del sujeto en la cultura (2004/1930[1929]), pues en buena medida depende de este. Partimos, entonces, de una tesis fuerte del psicoanálisis freudiano según la cual el ser humano no puede sino padecer un malestar crónico al habitar la cultura y no hay otro camino para él más que habitar la cultura, pues solo esta le asegura su supervivencia y la satisfacción de sus necesidades. El malestar surge del hecho de que la cultura, para asegurar la supervivencia humana, imponga serias restricciones a la satisfacción pulsional, pues solo mediante la enajenación de la energía pulsional puede la cultura proceder a la edificación del “proceso de la cultura” (2004/1933[1932], pág. 197). La materia prima,

la base material y energética mediante la cual la cultura se constituye, es la energía pulsional cuya satisfacción original individual debe ser rechazada por ser egoísta, impráctica y hasta peligrosa para aquella.

Para entender esta relación entre el trabajo y el malestar, recordemos la caracterización que Freud (2004/1904[1903]) ofrece acerca de la cura en el tratamiento psicoanalítico: “el restablecimiento de su capacidad de rendimiento y de goce” (pág. 241). En efecto, el neurótico consume sus energías psíquicas (sexuales) en el sostenimiento de sus síntomas –que son sus satisfacciones sustitutivas–, perdiendo así su disposición para el trabajo y el disfrute de otras actividades. Con esta concepción, Freud sigue oponiéndose a las teorías médicas imperantes aún a principios del siglo XX acerca de las causas de contracción de la neurosis, las cuales denuncian las exigencias del trabajo moderno como factor principal de su etiología.¹ Por ejemplo, el *surmenage*, esa fatiga característica del síndrome neurasténico², no puede, en opi-

-
- 1 Sobre esta contraposición puede consultarse el magnífico libro *Génesis de los conceptos freudianos* de Paul Bercherie (1991/1987). También puede revisarse la monumental obra *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica* de Álvarez, Esteban y Sauvagnat (2004). Se recomienda, así mismo, consultar *Una historia de la psiquiatría clínica* de Berrios y Porter (2012/1995).
 - 2 Según nos informa Simon Wessely (2012/1995), se atribuye el término “neurastenia” al neurólogo neoyorquino George Beard, quien comienza a emplearlo en 1869. A pesar de la ambigüedad de la que siempre fue sospechosa, la categoría define “una enfermedad del sistema nervioso, sin lesión orgánica, que podía atacar alguna o todas las partes del sistema; se caracterizaba por presentar un debilitamiento de la fuerza nerviosa, la cual podía tener varios grados de intensidad, desde una leve pérdida hasta la postración general profunda” (Bouveret, citado en Wessely, 2012/1995, pág. 586). Esta condición se asociaba a toda clase de síntomas de lo más variopintos, prácticamente todo el que pueda agregarse a la lista, pero su núcleo era la fatiga psíquica y física. Podemos darnos cuenta de que es el antecedente inmediato de los cuadros depresivos en nuestro tiempo. Las causas atribuidas a la neurastenia también eran múltiples, pero los autores solían sostener la idea general de una irritación del sistema nervioso periférico por efecto del exceso de trabajo y por los cambios producidos en la sociedad industrial, así como por la vida acelerada y complicada de las grandes ciudades europeas. Esta condición solía presentarse mayormente en hombres y se creía que tendía a afectar a intelectuales con éxito social, de ahí que casi se haya constituido como una moda entre los círculos intelectuales y artísticos en la segunda mitad del siglo XIX.

nión de Freud (2004/1898), explicarse solamente por las exigencias de la vida laboral:

Es por completo verdadero que si alguien está predispuesto a la neurastenia por unos influjos sexuales nocivos, soportará mal el trabajo intelectual y los empeños psíquicos de la vida, pero nadie se volverá neurótico por obra del trabajo o de la irritación solamente (...) [sino que su raíz verdadera se debe a que] han descuidado y estropeado su vida sexual. (pág. 265).

Freud invierte la hipótesis médica común sobre la relación entre trabajo y neurosis: no es el trabajo por sí mismo el que ocasiona la neurosis, sino que es la neurosis, al consumir las energías psíquicas, la que arruina la capacidad de trabajar. Por ello, la tarea del psicoanálisis es restaurar dicha capacidad, así como la capacidad de gozar en general, y de gozar particularmente del amor. Y hasta se puede llegar a suponer con Freud (2004/1917[1916]), siguiendo un hilo de ideas bastante común, que la neurosis favorece “un aprovechamiento secundario de la enfermedad (...) como ganancia secundaria” (pág. 350) mediante el cese de la capacidad de trabajar.

En la investigación de Freud puede entenderse a la neurosis como la gran analítica de la cultura,³ pues deshace sus componentes

3 En efecto, el estudio de las neurosis y el descubrimiento del factor sexual reprimido como su etiología permitió a Freud entrar en el territorio de la reflexión sobre la cultura, pero precisamente mediante el rodeo de lo que actúa en contra del propósito cultural. La falta de aptitud para vivir del neurótico revela, a contrapelo, que la cultura exige de la vida mucho más de lo que esta puede dar: las exigencias culturales siempre están por encima de las posibilidades del sujeto, la cultura siempre exige una renuncia a más de lo que se puede renunciar. La cultura será, por ello, productora de malestar y no hay, al menos para Freud, proyecto reformador suficientemente efectivo que pudiera resolver esta falla estructural. La condición neurótica, como un tumor que provoca una hinchazón visible, revela la imposibilidad crónica de habitar saludablemente la cultura, la neurosis es la marca del inexorable fracaso de la cultura en su exigencia de renuncia pulsional. Assoun (2003/1993) lo dice en los siguientes términos: “La neurosis, lejos de ser un ‘accidente en el camino’ del proceso civilizatorio, es nada menos que el ‘gusano’ dentro de la ‘fruta’ de la Cultura” (pág. 57).

y muestra su estructura profunda. Y en este caso muestra, negándolos, los pilares de la cultura: el amor y el trabajo, o como a Freud (2004/1930[1929]) le gustara llamarlos, *Eros* y *Ananké*. Así, a pesar de que el psicoanálisis apunta a elaborar una seria crítica sobre el malestar en la cultura, se coloca del lado de ella al reconocer su necesidad, y al encausar la terapéutica hacia el restablecimiento de sus condiciones de posibilidad en el amor y en el trabajo. En “El malestar en la cultura” Freud (2004/1930[1929]) dice:

Después de que el hombre primordial hubo descubierto que estaba en su mano mejorar su suerte sobre la Tierra mediante el trabajo, no pudo serle indiferente que otro trabajara con él o contra él. Así el otro adquirió el valor de colaborador, con quien era útil vivir en común (...) Por consiguiente, la convivencia de los seres humanos tuvo un fundamento doble: la compulsión al trabajo, creada por el apremio exterior, y el poder del amor, pues el varón no quería estar privado de la mujer como objeto sexual, y ella no quería separarse del hijo, carne de su carne. Así, *Eros* y *Ananké* pasaron a ser también los progenitores de la cultura humana. (págs. 97-99).

Pero, al mismo tiempo que Freud (2004/1930[1929]) enfatiza la importancia del trabajo humano como “progenitor” de la cultura, reconoce que los seres humanos estamos muy poco inclinados a él:

No obstante, el trabajo es poco apreciado como vía hacia la felicidad por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia las otras posibilidades de satisfacción. La gran mayoría de los seres humanos solo trabajan forzados a ello, y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas sociales (pág. 80, n. 5).

La cultura se alza sobre los lazos de amor y sobre la disposición al trabajo que son arrancados al interés autoerótico e incestuoso de las pulsiones sexuales. No es, por cierto, este un logro automático; ni amar a los otros ni trabajar son tareas a las que el ser humano se avoque de forma natural, sino que son el corolario de una serie de complejos procesos psíquicos que requieren ser elucidados, pues de otra manera no podríamos entender la aparente paradoja de que el trabajo y el amor fueran disposiciones humanas naturales (pilares de la cul-

tura) a la par que intensas fuentes de malestar. Aquí solo nos avocaremos a tratar el problema del trabajo que sirve a la satisfacción de la necesidad (*Anankê*) y dejaremos para otro momento el del amor (*Eros*).

Comenzaremos, entonces, recuperando los planteamientos metapsicológicos de Freud acerca de la génesis del trabajo como actividad subordinada al principio de realidad y examinaremos cómo es que la actividad productiva humana impone severas transformaciones en el psiquismo y en la relación del sujeto con el mundo social. Avanzaremos, luego, volviendo sobre la postura freudiana acerca del lugar que el trabajo ocupa en su concepción sobre la neurosis y sobre el malestar en la cultura. Finalmente, examinaremos el papel de la sublimación como destino pulsional más deseable en relación al trabajo.

Apremio de la vida y principio de realidad

En la perspectiva de Freud, y desde sus primeros escritos, podemos encontrar la idea de un principio regulador del funcionamiento psíquico: el principio de placer; aparece ya con el nombre de “principio de constancia” o “principio de inercia” (2004/1950[1895], pág. 340) desde el “Proyecto de psicología”, pero se describe de forma ya clara, aunque sin designarlo, en el capítulo VII de “La interpretación de los sueños” (2004/1900[1899]): “el aparato -psíquico- obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos” (pág. 557). Y en 1911 se define ya con el nombre “principio de placer” a la “tendencia principal” a la que obedecen los “procesos primarios del psiquismo”, los cuales “aspiran a ganar placer; y de los actos que pueden suscitar displacer, la actividad psíquica se retira (represión)” (2004/1911, pág. 224). Esto condice con lo que Freud (2004/1915b) plantea en su escrito metapsicológico “La represión” acerca de que la condición de la represión de una moción pulsional es que el placer de su satisfacción sea menor al displacer que provoca.

Freud concibe el aparato psíquico bajo el esquema de la termodinámica newtoniana: el aparato debe deshacerse de las cantidades excesivas de estímulo, sea que estas provengan del mundo exterior o

del propio cuerpo. Por ello, al menos el primer esquema del aparato psíquico que Freud (2004/1900[1899]) presenta en “La interpretación de los sueños” y que divide al psiquismo en tres instancias (inconsciente, preconsciente y consciencia), está orientado hacia la dirección del polo de la motricidad y de la conciencia, el cual es la puerta de salida de los estímulos acumulados, y su descarga es experimentada como satisfacción placentera.

Imaginemos la experiencia primigenia del hambre en el bebé, eso que Freud denomina el “apremio de la vida” (2004/1900[1899], pág. 557), es decir, la necesidad que rompe el equilibrio psíquico inicial y obliga al aparato psíquico a drenar el exceso de excitación mediante una acción que ponga fin al estímulo. Inicialmente la simple expresión motora, casi refleja, de displacer en el bebé, que Freud designa como “alteración motora” o “expresión emocional” (pág. 557), es la forma mínima e inmediata de intento del psiquismo por dominar las cargas energéticas excesivas. Esto sirve como señal para que la madre, o quienquiera que se encargue del cuidado del bebé, realice una “acción específica o adecuada” (2004/1895[1894], pág. 108), es decir, la clase de acción que podría poner fin a la necesidad. En el caso del hambre, por ejemplo, la acción específica sería brindar el alimento mediante el acercamiento del pecho materno a la boca del bebé; esto produce lo que Freud (2004/1900[1899]) denomina “vivencia de satisfacción” (pág. 557), la cual es el molde del deseo:

Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esta índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento del deseo. (págs. 557-558).

El cumplimiento del deseo será posible solo mediante la colocación de las cargas energéticas en la huella mnémica –el recuerdo como huella psíquica– de esa primera percepción de la satisfacción,

de tal manera que sin la necesidad de la “acción específica” que modifica desde el exterior las condiciones materiales del cuerpo pueda experimentarse alucinatoriamente la satisfacción. Muy probablemente la primera forma de cumplimiento del deseo se consumaba en la pura vivencia alucinatoria, lo cual ponía en gran riesgo la vida del pequeño, pues era, a final de cuentas, una satisfacción irreal. Pero fuera de la alucinación, ninguna acción específica en la realidad puede producir algo idéntico a la huella de la percepción original, de tal manera que el deseo nunca queda realmente satisfecho: “Una amarga experiencia vital tiene que haber modificado esta primitiva actividad de pensamiento en otra, secundaria, más acorde al fin {más adecuada} (...) La satisfacción no sobreviene, la necesidad perdura” (Freud, 2004/1900[1899], pág. 558).

La vida se mantiene puesto que la necesidad biológica se satisface, pero el deseo permanece eternamente insatisfecho. En este sentido, toda satisfacción pulsional es insatisfactoria porque el objeto adecuado a la exigencia pulsional no puede jamás reencontrarse plenamente; de allí que la huella de la “vivencia de satisfacción” originaria quede marcada como una representación (*Vorstellung*) inconsciente y que, a su vez, la pulsión esté marcada por aquella representación originaria, es decir, es solo un eco de aquella experiencia⁴. Claro está que cuando el humano alcanza cierto nivel de madurez biológica y psíquica, la acción específica que cancela la necesidad ya no depende necesariamente de la mera actividad de alguien más, sino que es el propio individuo el que, mediante el ejercicio de la actividad cognitiva como pensamiento, ejecuta “un rodeo para el cumplimiento de deseo” (Freud, 2004/1900[1899], pág. 558). Notemos que en todo esto Freud se apega a una compleja reflexión de corte materialista,

4 La huella mnémica, es decir, el recuerdo inconsciente que es la representación de la primera vivencia de satisfacción, con todas sus especificidades cualitativas, corresponde al elemento de la pulsión denominado *Vorstellung* (representación). Entonces, el deseo, que siempre reconduce a un objeto perdido, está relacionado con esa *Vorstellung*, que es uno de los elementos de la pulsión. El otro elemento, recordemos, el más propio de la pulsión, es el factor cuantitativo energético que propicia el esfuerzo (*Drang*), elemento al que Freud (2004/1915b) denomina con el término *Repräsentanz*.

no mecanicista, que nos muestra cómo es que desde el cuerpo parten los estímulos necesarios para hacer emerger, por la vía de múltiples rodeos, la actividad psíquica superior, es decir, el pensamiento.

Lo anterior es algo fundamental en la argumentación freudiana. El pensamiento no puede ya solamente tender al modo fundamental del funcionamiento psíquico, es decir, hacia la descarga inmediata de la tensión –al que Freud (2004/1900[1899]) denomina “modo de trabajo primario” (pág. 559)–, sino que debe orientarse hacia el mundo objetivo mediante el “examen de realidad” cuyo fin “no es (...) hallar en la percepción objetiva {*real*} un objeto que corresponda a lo representado, sino *reencontrarlo*, convencerse de que todavía está ahí” (2004/1925, pág. 255). Sin embargo, lo que se reencuentra no es nunca lo mismo que la representación buscada, aunque guarda alguna relación con ella, pues corresponde al examen de realidad “controlar el enlace de tales desfiguraciones” (pág. 256). El objeto que se reencuentra no es nunca el mismo que se perdió, pero no es cualquiera, es aquel que el pensamiento, vía el examen de realidad, consiente como suficientemente acorde a lo buscado a pesar de ser insatisfactorio debido a sus desfiguraciones. Solamente la experiencia del sueño o la manifestación de un síntoma neurótico, así como cualquier “formación sustitutiva”, permiten, mediante mecanismos que escapan al examen de realidad, volver a experimentar una satisfacción más cercana del objeto al modo de funcionamiento primario del psiquismo, es decir, el funcionamiento guiado por el principio de placer. Por eso Freud (2004/1900[1899]) dice que “el soñar es un rebrote de la vida infantil del alma ya superada” (pág. 559).

Lo que aquí explicamos es una definición extensa del llamado “principio de realidad”, que va a ser finalmente nombrado en el artículo “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, en donde Freud (2004/1911) nos dice:

Solo la ausencia de la satisfacción esperada, el desengaño, trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de satisfacción por vía alucinatoria. En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y procurar la alteración real. Así se introdujo un nuevo principio en la vida

psíquica; ya no se representó lo que era agradable, sino lo que era real, aunque fuese desagradable. (pág. 224).

Así, el aparato psíquico tuvo que sufrir una serie de adaptaciones para cancelar las necesidades, ya no mediante la alucinación, sino apegándose al principio de realidad. Para ello se desarrolló la “conciencia” (Freud, 2004/1911, pág. 225) en estrecha conexión con los órganos sensoriales, se instituyó la función de la “atención” (pág. 225), así como un medio de registro de la experiencia –“memoria” (pág. 225) –, surgió el “fallo” (pág. 226) a manera de juicio para diferenciar las representaciones verdaderas y falsas. También, y como ya decíamos, surgió el “proceso del pensamiento” como guía de la “acción” (pág. 226) modificadora de las condiciones exteriores materiales.⁵ La “fantasía” (pág. 227) fue un tipo de actividad de pensamiento que logró mantener el predominio del principio de placer sobre el de realidad, pero no a tal grado como para sumergirse en los procesos alucinatorios; y, sobre todo, el principio de realidad obligó a la pulsión a “educarse” en un “retardo” (pág. 228) en su satisfacción, ajustándose a las exigencias del mundo objetivo. Este carácter formativo del principio de realidad que obliga a la pulsión a postergar su meta –su satisfacción–, sin negársela de forma absoluta, es la condición del trabajo humano. Por ello, el trabajo es un medio privilegiado de inserción del individuo en la realidad cultural: “ninguna otra técnica de conducción de la vida liga tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de realidad, a saber, la comunidad humana” (Freud, 2004/1927, pág. 80, n. 5).

5 Catherine Millot toma nota de este proceso como parte de una suerte de pedagogía pulsional. De esta subordinación de las pulsiones a las exigencias del principio de realidad surgirá el pensamiento consciente y racional. Nos dice Millot (1999/1979): “Una de las tareas del pensamiento es reconocer los deseos a fin de examinar su compatibilidad con las exigencias de la realidad exterior. La condena por el juicio, *Die Urteilsverwerfung*, vale decir, un proceso de pensamiento consciente, debe reemplazar a la represión, en el caso de que ambas revelaran ser incompatibles. Esto es lo que procura obtener el tratamiento analítico, y es aquí, precisa Freud, donde éste resulta comparable a un proceso educativo, puesto que se esfuerza en lograr que el sujeto reconozca, a pesar del displacer que a ellos se asocia, sus deseos” (pág. 81).

En la cultura la pulsión se educa, se forma (*Bildung*), se encamina por rodeos que retardan el arribo de la pulsión sexual a su meta. Pero para lograr esto se le tiene que arrancar del modo de funcionamiento primario, es decir, de la búsqueda inmediata de placer, y esto se logra solo a un costo alto de frustraciones que pueden llegar a producir la neurosis, o cuando menos que producirán el malestar de la renuncia pulsional. Porque, como ya vemos, la neurosis es un refugio para escapar de las exigencias culturales, es una vuelta al infantilismo, o como Freud (2004/1911) lo dice, la neurosis tiene la tendencia “de expulsar al enfermo de la vida real, de enajenarlo de la realidad” (pág. 223).

Podríamos decir, a contrapelo que, en efecto, la realidad enajena al individuo de su satisfacción pulsional, pero lo salva de morir en el reencuentro alucinatorio con el objeto perdido. Por ello, y como veremos más adelante, este destino de insatisfacción que es la cultura, también favorece el mantenimiento de la vida, a pesar de condenarla al malestar.

Trabajo y malestar en la cultura

No es ya tan extraño lo que señalábamos al principio de este artículo siguiendo la reflexión de “El malestar en la cultura”: uno de los pilares de la cultura es *Ananké*, el trabajo que satisface la necesidad vital. Ahora comprendemos que el trabajo es aquello que, como acción sobre la realidad, se arranca a fuerza de frustración al autismo psíquico, el cual querría no salir de sí mismo en su vivencia de satisfacción alucinatoria. En “Pulsiones y destinos de pulsión”, Freud (2004/1915a) afirma que, respecto al yo, “sus pulsiones lo compelen sobremedida a una *actividad* hacia el mundo exterior” (pág. 129, énfasis añadido). Esta “actividad” debe entenderse como la forma general de la forma particular que es el trabajo humano en tanto acción modificadora de la realidad exterior, o como lo señala Henri Rey- Rey-Flaud (2005/1998): “el trabajo es un avatar de la acción motriz que el sujeto humano arrojado al mundo se ve obligado a realizar para defenderse contra las agresiones del medio externo” (pág. 33).

En efecto, la naturaleza, una de las tres fuentes del malestar (Freud, 2004/1930[1929]), no se ofrece de forma inmediata a la satisfacción de las necesidades humanas, sino que se hace presente como un poderoso enemigo al que hay que enfrentarse. La pérdida de la animalidad, es decir, la pérdida de instintos y de equipamiento anatómico por parte de la especie humana, torna a la naturaleza un medio hostil, adverso, al que es necesario dominar y subordinar por vías no naturales para obtener y aprovechar los recursos necesarios para la subsistencia.

El trabajo no es, pues, ni una disposición psíquica natural, ya que la pulsión no se orienta originalmente hacia él, ni tampoco es una aptitud biológica humana, pues los seres humanos, a diferencia de los animales –quienes no trabajan–, requerimos enfrentarnos al medio natural no solamente para extraer de él sus recursos sino también para protegernos de sus embates. Ahora es mucho más claro por qué Freud (2004/1927) considera que “toda cultura descansa en la compulsión al trabajo y en la renuncia de lo pulsional, y por eso inevitablemente provoca oposición en los afectados por tales requerimientos” (pág. 10).

La hostilidad que la cultura levanta entre los seres humanos en relación al trabajo puede explicarse por la “frustración” (*Versagung*) (Freud, 2004/1927, pág. 10) del logro de la meta pulsional, lo cual afecta a todos los seres humanos, pues nadie puede sobrevivir mucho tiempo si se encierra en su goce pulsional. Pero dicha hostilidad también puede estar dirigida hacia la “prohibición” misma, es decir, hacia la norma que la establece, y puede acrecentarse en función del grado de “privación” (*Entbehrung*) (pág. 10) que produce, es decir, del monto de insatisfacción generado por esa prohibición. Estas distinciones no son ociosas, sobre todo cuando nos damos cuenta de que el efecto que produce la frustración pulsional, es decir, la privación, no es igual para todos los seres humanos.

Como Freud (2004/1927) señala en “El porvenir de una ilusión”, aunque el malestar afecta a todos no está repartido equitativamente. Para nadie es un misterio que, en la cultura, aunque todos padezcan la privación, algunos la padecen en un grado superlativo

ya que reciben un “plus de privación” (pág. 12). Freud sabe que este estado de cosas no responde a un criterio de justicia distributiva, la situación es muy diferente: a mayor aporte cultural mediante el trabajo material, mayor plus de privación. La privación es mayor para quienes trabajan más, el malestar es mayor y más intenso para las masas de trabajadores desposeídas, ya que para ellas el trabajo no es solamente psíquico sino también físico; y ese plus de privación solo puede ser compensado con un plus de remuneración obtenida por más trabajo realizado. La fórmula de la injusta repartición del malestar en la cultura parece ser una espiral ascendente: más trabajo, más renuncia, más privación... luego, entonces, más trabajo, más renuncia... etc.

Aunque Freud (2004/1927) no confía en los “experimentos” de transformación social tales como el comunismo, reconoce, no obstante, que ciertas formas de cultura pueden resultar menos deseables que otras:

Pero si una cultura no ha podido evitar que la satisfacción de cierto número de sus miembros tenga por premisa la opresión de otros, acaso de la mayoría (y es lo que sucede en todas las culturas del presente), es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad hacia esa cultura que ellos posibilitan mediante su trabajo, pero de cuyos bienes participan en medida sumamente escasa (...) Huelga decir que una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece. (pág. 12).

La cultura se ensaña con quienes más aportan a su producción y mantenimiento, y no es pues extraño que sean ellos los que mayor hostilidad manifiesten hacia ella, hasta el grado de intentar destruirla. Tanta hostilidad hacia la cultura por parte de los oprimidos no es deseable, en opinión de Freud, pues solo ella asegura la permanencia de estos, aunque su hostilidad es perfectamente comprensible; pero, sobre todo, la hostilidad deriva del hecho de que los frutos de la privación de muchos sean confiscados por unos pocos cuyo sacrificio pulsional es menor. El pensamiento de Freud es perfectamente

dialéctico en este punto: la riqueza cultural (y económica) de pocos depende de la pobreza pulsional de muchos.⁶

Pero, por otro lado, las consideraciones que Freud tiene en relación a la utilidad del psicoanálisis para aliviar el malestar neurótico de los pobres no son precisamente halagüeñas. De hecho, sostiene la “difundida tesis” de que la neurosis afectaría menos a quien debe ocuparse más por el “apremio de la vida” mediante el trabajo duro (2004/1913, pág. 134). Quizá esto coincida con su planteamiento posterior acerca de que uno de los factores principales de la neurosis es la culpabilidad propiciada por el superyó como medida de constricción para apegarse a los mandatos culturales. El superyó, nos dice Freud (2004/1927), “es un patrimonio psicológico de la cultura, de supremo valor” (pág. 11), pero la medida en que este se interioriza en cada individuo es muy variable y es probable que a mayor “espiritualización” de la actividad mayor interiorización superyóica.

Lo anterior implicaría que los pobres, quienes deben lidiar con el apremio de la vida mediante el trabajo físico, y quienes, por tanto, padecen un mayor plus de privación, no estarían psíquicamente tan comprometidos con la cultura como aquellos sobre cuyo psiquismo se ha logrado ensanchar el dominio cultural superyóico. En los pobres, sugiere Freud (2004/1927), las prohibiciones culturales parecen depender más de una “compulsión externa” (pág. 11), y, por lo tanto, no neurótica. Estas afirmaciones no deben sobreestimarse, pues recordemos que Freud, por otro lado, reconoce que los pobres padecen la neurosis, y ella puede ser empleada incluso como “ganancia secundaria”, como “refugio” para escapar a las penosas exigencias del trabajo (2004/1913, pág. 134).

Como lo ha señalado Paul Roazen (1970/1968), la postura de Freud acerca del trabajo es compleja y parece encerrar contradiccio-

6 David Pavón-Cuéllar (2016) señala la relación necesaria y dialéctica entre el plus de privación señalado por Freud y el plus-valor planteado por Marx en *El capital*: “De hecho, en Freud como en Marx, el plus-de-privación de los trabajadores posibilita indirectamente, mediante la producción de plusvalía, el plus-de-satisfacción de sus explotadores” (pág. 105).

nes. Sus señalamientos sobre la falta de aptitud de los pobres para el psicoanálisis y su apego a la neurosis como escape del trabajo parecen reafirmar su compromiso con una visión reaccionaria, derechista y casi aristocrática de la sociedad. Peter Gay (2010/1989), por su parte, considera que respecto al pueblo (*Volk*), Freud manifestaba un “liberalismo anticuado” con “un tinte aristocrático” (pág. 454). Pero, por otro lado, su reclamo contra las injusticias de la cultura y su comprensión de la rebeldía de las masas desposeídas hacia esta muestra que “Freud se aparta de la tradición liberal clásica por cuanto no concibe al hombre como una unidad, sino como una intimidad en perpetua oposición” que contiene en sí mismo un “núcleo insobornable” (Roazen, 1970/1968, pág. 144).

En este estado de cosas, ¿cómo puede la cultura asegurar la adhesión de los seres humanos a sus fines? ¿Puede el ser humano llegar a gozar de su trabajo cultural? Quizá el destino menos infausto para la pulsión sea lo que Freud ha denominado “sublimación”. Mientras que la represión, el cambio hacia su contrario y el retorno a la persona propia como destinos pulsionales parecen no ahorrar demasiado malestar al individuo, para Freud (2004/1915a) puede existir un destino pulsional cultural que retenga un monto suficiente de satisfacción como para que el individuo se adhiera, sin excesivas reticencias, a las exigencias de la cultura. Este destino pulsional es la sublimación.

Trabajo y sublimación

La sublimación es definida por Freud (2004/1914) en “Introducción del narcisismo” como algo que:

atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual (...) la sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia –aumentar las exigencias del yo– sin dar lugar a la represión. (págs. 91-92).

Así, entonces, la sublimación se caracteriza por el desplazamiento de la meta original de la pulsión sexual, pues recordemos que esta

no tiene una meta ni un objeto prefijado de forma natural. La meta, que es la satisfacción –el placer–, puede desviarse hacia otro tipo de actividades que no sean específicamente sexuales, que no se realicen directamente a partir de la estimación de las zonas erógenas. La satisfacción sexual, o al menos una satisfacción relacionada a ella, puede obtenerse mediante actividades que no se calificarían como directamente sexuales, tales como la actividad intelectual, artística, científica, etc.; actividades que satisfacen las “exigencias del yo” y que, por tanto, suponen una transformación de libido (energía sexual) en energía pulsional al servicio de las actividades del yo⁷, la cual es la estructura psíquica que funge como agente de las exigencias del principio de realidad.

La sublimación implica el desplazamiento del componente sexual de la pulsión hacia lo no sexual, puesto al servicio del yo. El “esfuerzo” (*Drang*) de la pulsión queda libre para ser empleado en otro tipo de actividades acordes a los fines de la cultura. Por ello, Freud aprecia especialmente la sublimación como un camino privilegiado del proceso del desarrollo cultural, pues si finalmente el trabajo logra ser producto de la sublimación, los componentes libidinales y agresivos de la pulsión pueden pasar a emplearse en el logro de la satisfacción de las necesidades individuales y de la cultura, apaciguando el aspecto penoso que la renuncia pulsional implica para cada uno. Puede haber, pues, una actividad humana, a manera de trabajo, que favorezca indirectamente la satisfacción pulsional y que, por lo tanto,

7 Ya Freud (2004/1905) había sentado las bases teóricas para pensar las posibilidades de una sublimación pulsional en sus “Tres ensayos de teoría sexual” cuando se refiere a las “vías de influencia recíproca” en relación a las neurosis. Dice: “Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivo de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo. Y esta influencia, hasta ahora incomprensible, se hará menos enigmática admitiendo que representa la contraparte de las influencias que presiden la producción de la excitación sexual. Ahora bien, esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones desbordan sobre las restantes funciones del cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumiría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad” (pág. 187).

permita justificar y afianzar la vida cultural incluso a pesar de las dificultades que depara.

Pero lo anterior no implica que la sublimación sea incondicionada o que pueda ser empleada deliberadamente para eliminar la privación y la hostilidad a la cultura. El problema de las neurosis muestra que la búsqueda de satisfacción por parte de la pulsión es indomeñable en último término; ni la represión, ni la sofocación, ni la sublimación pueden desviar enteramente el empuje pulsional fuera de los caminos directos que la pulsión misma buscaría en la meta sexual. Es verdad que la plasticidad de la pulsión es amplia, pero no es infinita, y las posibilidades de sublimación son, por lo tanto, logrables hasta cierto límite; sobre esto Freud (2004/1910[1909]) advierte:

Pero así como en nuestras máquinas no podemos contar con transformar el trabajo mecánico útil más que en un cierto fragmento del calor aplicado, no debemos aspirar a enajenar la pulsión sexual de sus genuinas metas en toda la amplitud de su energía. No es posible lograrlo, y si la limitación de la sexualidad se lleva demasiado lejos, no podrá menos que aparejar todos los nocivos efectos de una explotación depredadora. (pág. 50).

La sublimación es siempre parcial y un grado mayor de intención sublimatoria puede elevar el malestar a grados peligrosos. Freud parece advertir sobre la naturaleza indócil de la pulsión: si la cultura no se resarce lo suficientemente con ella, entonces, o muere, o destruye el logro sublimatorio. Por ello no habría que suponer, como suele hacerse, que el principio de realidad viene a sustituir al principio de placer como su opuesto, sino que lo asegura por otras vías. Si la pulsión consiente en postergar su placer apegándose a las exigencias de la realidad, lo hace solo a condición de una ganancia posterior. El principio de realidad es solo una continuación del principio de placer por otras vías, y si la realidad no asegura esa continuidad, entonces la pulsión renuncia a cooperar. Así, una cultura que no tenga ninguna consideración en beneficio de la satisfacción sexual de sus miembros es una cultura en riesgo de venirse abajo.

En efecto, la pulsión establece toda clase de vasos comunicantes con las actividades culturales a través de los cuales la realidad y

el placer pueden encontrar estabilizaciones, pero estas no son nunca permanentes. O bien, también podríamos decir que si la pulsión se aviene a lanzarse hacia adelante en las vías de los desplazamientos de la sublimación es solo porque encuentra la salida trasera (el placer directo) bloqueado por la represión o la inhibición. Por ello, Assoun (2003/1993) afirma que es la acumulación de “déficits” lo que finalmente propulsa a la pulsión a avanzar: “el hombre está condenado, bajo el acicate de cierta *carencia* crónica, a *hacer algo*” (pág. 157, énfasis en el original). No es posible suponer simplemente que la pulsión se deje vencer llanamente por el principio de realidad que la incorpora en la esfera de la cultura, más bien podríamos suponer que la pulsión encuentra una vía para gestionar y resolver su “carencia” mediante la economía de la renuncia que es propia de la cultura.

Para concluir

Finalicemos recapitulando las ideas que hemos planteado hasta este punto. Partimos de un enunciado aparentemente contradictorio: Freud afirma que el trabajo es uno de los pilares de la cultura, pero afirma también que es necesario que esta ejerza una compulsión sobre los seres humanos para obligarlos a postergar su satisfacción pulsional y emplearse en la actividad del trabajo. El proceso mismo de la cultura descansa sobre la posibilidad de que los seres humanos sean orientados hacia metas pulsionales distintas que las originariamente manifestadas en su cuerpo y en su psiquismo; por eso, este proceso no puede prescindir de la producción de malestar, a pesar de que la propia cultura pueda brindar satisfacciones sustitutivas para resarcir dichas pérdidas

Como lo hemos mostrado, la base de la actividad psíquica que sirve de molde para el trabajo cultural de los seres humanos es ese primer esfuerzo mediante el cual el psiquismo primitivo del niño resigna el modo de funcionamiento primario para subordinarse a los requerimientos del principio de realidad con el objetivo de salvaguardar la propia vida. Sin este movimiento a través del cual el interés libidinal sale al mundo a buscar indefinidamente un objeto perdido,

no sería posible el mantenimiento de la vida humana. Notamos aquí el germen de lo que podríamos considerar la situación trágica del sujeto humano en el mundo social y natural: salva la autoconservación, pero a costa de la satisfacción; se mantiene vivo solo para encontrarse insatisfecho; y, como hemos visto, ni siquiera la sublimación, que sería el destino pulsional más deseable para Freud, puede evitar alguna cuota de malestar al sujeto.

Las consideraciones de Freud acerca del trabajo, de sus consecuencias displacenteras y de la forma en la que la cultura administra la distribución del malestar y de la privación, son ambivalentes. Freud supone, por un lado, que el trabajo es una actividad indispensable para el sostenimiento de la vida humana y de la cultura, pero, por otro, plantea que una cultura como la nuestra, en la que el trabajo es fuente de privación para muchos y sus mayores y mejores productos son disfrutados por tan pocos, no está justificada en su permanencia.

No obstante, quizá esta consideración freudiana deba revisarse a la luz de las modificaciones que la cultura y el trabajo han sufrido a lo largo de un siglo. Ciertamente, no vivimos en los tiempos de la cultura fuertemente represiva en los que vivió Freud; el principio de realidad que constituye nuestra subjetividad como sujetos de cultura se ha vuelto un siervo cada vez más dócil del principio del placer, pero esta docilidad es una astucia, la realidad del capitalismo neoliberal incita al placer mediante el consumo de objetos que son siempre una promesa de satisfacción para la pulsión. Por otro lado, esta forma de cultura no parece depender de la sublimación para anclar al individuo a las tareas culturales, sino que emplea el goce pulsional como principal forma de sujeción, cuando no la violencia más descarnada. Freud (2004/1933 [1932]) planteaba la idea de que los logros del “proceso cultural” implican una progresiva limitación y desplazamiento de las pulsiones, y, como consecuencia, un “fortalecimiento del intelecto, que empieza a gobernar a la vida pulsional, y la interiorización de la inclinación a agredir, con todas sus consecuencias ventajosas y peligrosas” (págs. 197-198). La situación cultural en el capitalismo neoliberal nos obliga a cuestionarnos si estas son las implicaciones reales de los mecanismos de sujeción cultural en nuestro tiempo; parece ser que el capitalismo no opera ya mediante limitaciones y des-

plazamientos múltiples, ni tampoco parece propiciar un incremento de la racionalidad o una mayor interiorización de los efectos de la pulsión de muerte.

Como señala Gustavo Dessal (2014): “La asombrosa ‘sabiduría’ de la lógica capitalista consiste en haber logrado concentrar en un objeto ‘universal’ (en el sentido de la fabricación en serie) la promesa de una satisfacción cuyas características son específicas e inconscientes en cada sujeto” (pág. 67). El objeto universal, la mercancía fetichizada, parece ser el producto de la gran astucia del principio de realidad neoliberal, de su “sabiduría”, la cual no se opone a la satisfacción pulsional, sino que la exige. En todo esto encontramos un sustrato de profunda irracionalidad, pues esta exigencia seductora de búsqueda de placeres obtura los caminos sublimatorios y homogeniza el goce de todos en un derrotero mortífero hacia la aniquilación del cuerpo propio y de la naturaleza, que ahora devienen en pura mercancía consumible.

Referencias

- Álvarez, J. M., Esteban, R., Sauvagnat, F. (2004). *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*. Editorial Síntesis.
- Assoun, P-L. (2003/1993). *Freud y las ciencias sociales*. Ediciones del Serbal.
- Bercherie, P. (1991/1987). *Génesis de los conceptos freudianos*. Paidós.
- Berrios, G. E. y Porter, R. (2012/1995). *Una historia de la psiquiatría clínica*. Triacastela.
- Dessal, G. (2014). Comentario a “La civilización freudiana revisitada o ¿qué se supone que ocurrió con el principio de realidad?”. En Z. Bauman y G. Dessal, *El retorno del péndulo. Sobre psicoanálisis y el futuro del mundo líquido* (págs. 29-54). FCE.
- Freud, S. (2004/1895[1894]). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia”. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. III, págs. 85-116). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1898). La sexualidad en la etiología de las neurosis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. III, págs. 251-276). Amorrortu.

- Freud, S. (2004/1900[1899]). La interpretación de los sueños. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. V, págs. 504-608). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1904[1903]). El método psicoanalítico de Freud. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. VII, págs. 233-242). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1905). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. VII, págs. 109-254). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1910[1909]). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XI, págs. 1-52). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XII, págs. 217-232). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1913). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XII, págs. 121-144). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1914). Introducción del narcisismo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIV, págs. 65-98). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1915a). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIV, págs. 105-134). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1915b). La represión. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIV, págs. 135-152). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1917[1916]). Una dificultad en psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XVII, págs. 125-136). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1925). La negación. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XIX, págs. 249-258). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1927). El porvenir de una ilusión. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XXI, págs. 1-56). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1930[1929]). El malestar en la cultura. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XXI, págs. 57-140). Amorrortu.
- Freud, S. (2004/1933[1932]). 35.^a Conferencia. En torno a una cosmovisión. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. XII, págs. 146-168). Amorrortu.

- Freud, S. (2004/1950[1895]). Proyecto de psicología. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas* (vol. I, págs. 323-445). Amorrortu.
- Gay, P. (2010/1989). *Freud. Vida y legado de un precursor*. Ediciones Paidós Ibérica.
- Millot, C. (1990/1979). *Freud anti-pedagogo*. Paidós.
- Pavón-Cuéllar, D. (2016). Sigmund Freud y las dieciocho psicologías de Karl Marx. *Teoría y Crítica de la Psicología*, (8), 92-124. <http://teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/169/160>
- Rey-Flaud, H. (2004/1998). Fundamentos metapsicológicos de El malestar en la cultura. En J. Led Rider, M. Plon, G. Raulet, H. Rey-Flaud, *Sobre el malestar en la cultura* (págs. 9-24). Nueva Visión.
- Roazen, P. (1970/1968). *Freud. Su pensamiento político y social*. Ediciones Martínez Roca.
- Wessely, S. (2012/1995). Neurastenia y síndromes de fatiga. Sección clínica. En G. E. Berríos y R. Porter, *Una historia de la psiquiatría clínica* (págs. 585-611). Triacastela.